



# ***Encuentro de la Familia Vicenciana Palabras del P. Director***

***Sevilla, 13 de Marzo de 2010***

## **I. INTRODUCCIÓN**

La celebración del 350 aniversario de la muerte de San Vicente y Santa Luisa no es para fijarnos en su muerte, sino, sobre todo, para centrarnos en sus vidas. Es una celebración con el sentido pascual de la muerte en Cristo. Nos atrae la llegada a la plenitud de su vida en Cristo marcada por el amor a Dios y a los pobres. Desde esta perspectiva podemos conocer la trayectoria de su vida y reconocer en ella la mano de Dios que quiso enriquecer a la Iglesia con un nuevo carisma: **el carisma de la caridad y la misión.**

La fuente de donde brota el carisma vicenciano nace del encuentro con Nuestro Señor Jesucristo que manifiesta el inmenso amor de Dios a los hombres precisamente en la evangelización y servicio de los pobres. Insertados en ese amor de Cristo entregaron toda su vida para continuar su misión.

Dos referencias evangélicas van a guiar su compromiso. Vicente queda cautivado por el programa con que el mismo Jesucristo se presenta en la sinagoga de Nazaret: *“El Espíritu del Señor sobre mí, porque me ha ungió para anunciar a los pobres la Buena Nueva, me ha enviado a proclamar la liberación a los cautivos ...”* (Lc 4, 18). La proclamación de la Buena Nueva va siempre acompañada del servicio y atención a los necesitados, como queda expresado en el evangelio de san Mateo: *“En verdad os digo que cuanto hicisteis a uno de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicisteis”* (Mt 25, 40).

Luisa de Marillac siempre deseosa de entregarse totalmente a Dios, profundiza en el amor de Cristo crucificado y, de la mano de Vicente de Paúl, trata de amarlo y servirlo en los miembros más dolientes y necesitados. Ambos brillan en la Iglesia como **<profetas de la caridad>**.

Nuestra celebración quiere ser un canto de acción de gracias a Dios por el don que ha hecho a la Iglesia y al mundo en la persona de San Vicente y Santa Luisa. Pero también un canto de acción de gracias porque ese don, **<carisma>**, que como Fundadores transmitieron a la Familia Vicenciana, sigue vivo entre nosotros, mejor aún, en nosotros. Más aún, nos compromete a una fidelidad creativa para responder con su mismo espíritu a las nuevas situaciones de pobreza.

Toda la Familia Vicenciana nos reconocemos unidos en el mismo carisma y quer emos reavivar el fuego del amor de Cristo que dé un nuevo impulso a la

evangelización y servicio de los pobres que actualmente llevamos a cabo en los cinco continentes, siendo testigos del amor y bondad de Dios. Nos alienta el potencial de miembros de nuestra Familia, capaces de llevar el testimonio del amor y bondad de Dios a unos cincuenta millones de personas.

Pero sabemos que esto sólo será posible si nos dejamos transformar por el amor de Cristo. Esta celebración del 350 aniversario de la muerte de Vicente y Luisa es ciertamente un tiempo de gracia, un tiempo propicio para *“hundir más profundamente nuestras raíces en la **caridad** y expandir más ampliamente nuestras ramas en la **misión**”*... para que sea profética y genere esperanza. Por eso miramos con fidelidad el espíritu que nuestros Fundadores no dejan de transmitirnos. San Vicente nos asegura:

*“Es seguro que cuando la caridad mora en un alma, toma posesión de todas sus potencias; no le da descanso; es un fuego que está constantemente activo; una vez que la persona está inflamada por ella, le tiene hechizado.”*(SVP, Repetición de Oración, 4 de agosto de 1655).

Por su parte Santa Luisa nos suplica:

*“Por favor, continúen sirviendo a nuestros queridos maestros con gran delicadeza, respeto y cordialidad, viendo siempre en ellos a Dios”.* (SLM, Carta 361, junio 1653)

## II. EL IMPULSO DEL VATICANO II

La gracia de Dios que supuso el Concilio Vaticano II para toda la Iglesia, nos permitió descubrir con más claridad y nitidez el misterio mismo de la Iglesia y su misión en el mundo. Por lo que nos atañe particularmente, tres fueron las dimensiones fundamentales en las que quedó especialmente reflejada la renovación como fruto de la presencia del Espíritu.

En primer lugar, *“Cristo es la luz de los pueblos”* y su luz, por la acción del Espíritu *“resplandece sobre la faz de la Iglesia”* para iluminar a todos los pueblos.

En segundo lugar, la Iglesia se abre al diálogo con el mundo y rompe el aislamiento y la oposición que, desde comienzos de la modernidad, venían manteniendo. La Iglesia es portadora de la <buena noticia de la salvación> para comunicarla a todos los hombres. *“Nada hay verdaderamente humano que no encuentre eco en su corazón”* (GS, 1).

Y, en tercer lugar, en una renovada visión de la misión de Iglesia, especialmente significativa para la Familia Vicenciana, el Concilio proclama: *“Cristo fue enviado por el Padre a <evangelizar a los pobres y levantar a los oprimidos> (Lc 4,18), <para buscar y salvar lo que estaba perdido> (Lc 19,10); así también la Iglesia abraza con su amor a todos los afligidos por la debilidad humana; más aún, reconoce en los pobres y en los que sufren la imagen de su Fundador pobre y paciente, se esfuerza en remediar sus necesidades y procura servir en ellos a Cristo”* (LG 8).

En consecuencia, el Decreto “Perfectae Caritatis” invitó a todas las familia espirituales a una renovación profunda. Para ello propuso volver a las fuentes de toda vida cristiana, al espíritu de los Fundadores y la apertura a los signos de los tiempos. El mismo Concilio marcó unas pautas de renovación: “*La adecuada renovación de la vida religiosa comprende, a la vez, un retorno constante a las fuentes de toda vida cristiana y a la primigenia inspiración de los institutos y una adaptación de éstos a las cambiantes condiciones de los tiempos*” (PC, 2).

### III. PROCESO DE RENOVACIÓN Y CRECIMIENTO

La vuelta a las fuentes, según el Impulso del Concilio, lleva a un profundo redescubrimiento del carisma de los Fundadores. Hay un esfuerzo extraordinario para el conocimiento de su espíritu y se intenta una respuesta creativa a los desafíos de las nuevas pobrezas, tanto con la multiplicación de experiencias de inserción en el mundo de los pobres, como en la intensificación de la colaboración a todos los niveles, en particular con los miembros de Familia Vicenciana.

El conocimiento y la experiencia mutua del carisma vicenciano hace crecer los deseos de estrechar los lazos dentro de la Familia Vicenciana. Desde siempre las Instituciones fundadas por San Vicente habían trabajado movidas por el mismo espíritu de servicio a los pobres.

Pero los desafíos del mundo actual piden dar pasos de colaboración y una unión más estrecha. Nace así la coordinadora General de la Familia Vicenciana formada por los máximos representantes de cada una de las ramas. La primera reunión tiene lugar en París en 1995 y después en Roma 1996; otra vez París, en 1997, y de nuevo Roma, en 1998.

Algunas de las conclusiones de estas reuniones fueron:

- *la necesidad de empezar a trabajar juntos,*
- *formarnos juntos,*
- *orar juntos.*

Los propósitos de trabajar juntos se concretaron en cinco proyectos comunes en los diversos continentes: Servicio a personas ancianas y abandonadas, en Matola (Mozambique); promoción de los pobres en zona urbana, en Payatas (Filipinas); albergue para la mujer, en Colonia (Alemania); servicio a enfermos terminales de sida, en Madrid (España); casa para enfermos en fase terminal, en México; servicios socio-sanitarios y proyecto polivalente, en Génova (Italia).

En la Pascua de 1998 el Superior General de la Congregación de la Misión presentó esos proyectos aludiendo a unas palabras que el Papa Juan Pablo II había dirigido a la Asamblea General de la Congregación de la Misión: “*Más que nunca, con audacia, humildad y competencia, buscad las causas de la pobreza y estimulada las soluciones a corto y largo plazo, soluciones concretas, flexibles y eficaces. Si actuáis así, cooperaréis a la credibilidad del Evangelio y de la Iglesia*” (L’Osservatore Romano, 31-8-1986, p. 10).

Otro hito importante en el proceso de la colaboración se produjo en la Asamblea General de la C. M. celebrada en Roma en julio de 1998. Por primera vez una representación de cada una de las ramas de la Familia Vicenciana, formada por sus representantes en número de 33, se unió a los asambleístas para formar 20 grupos de estudio. Se hicieron las siguientes recomendaciones:

- *Dar continuidad a la experiencia vivida para profundizar en el carisma vicenciano;*
- *crear cauces de colaboración a todos los niveles, respetando la identidad de cada uno;*
- *crear mecanismos que contribuyan a la unión e información dentro de la Familia Vicenciana;*
- *potenciar la formación de los miembros de la Familia Vicenciana.*

A raíz de este encuentro, la Asamblea General de la Congregación de la Misión asumió los siguientes compromisos:

- *Colaborar con los otros miembros de la Familia Vicenciana y establecer las estructuras oportunas;*
- *responder juntos al clamor de los pobres;*
- *colaborar en la formación;*
- *Colaborar en las misiones internacionales;*
- *impulsar los nuevos medios de comunicación.*

El sentido de Familia Vicenciana fue creciendo también a nivel nacional en las distintas Provincias. Sería demasiado prolijo enumerar las actividades y proyectos realizados en común o en colaboración con alguna de las ramas. En concreto en España, la colaboración venía siendo estrecha desde siempre entre las distintas ramas de la Familia Vicenciana. Sin embargo, también aquí se le quiso dar un impulso de renovación. Ya en los años ochenta se intentó crear una estructura organizativa a nivel nacional. Para eso se celebró en Madrid un Congreso nacional. También en las Semanas Vicencianas de Salamanca venían participando las distintas ramas con su propia identidad, proyectos y experiencias. La XIV Semana tuvo como lema: **LA FAMILIA VICENCIANA ANTE EL TERCER MILENIO.**

#### **IV. EL DESAFÍO ACTUAL DE LA FAMILIA VICENCIANA**

El año jubilar de la celebración de los 350 años de la muerte de San Vicente y Santa Luisa está siendo para nosotros un año de gracia, lleno de oportunidades para revitalizar el carisma de los Fundadores y responsabilizarnos de su continuidad hacia el futuro.

Durante este curso hemos tenido la oportunidad de acercarnos más profunda e íntimamente a San Vicente y Santa Luisa a través de los textos de reflexión preparados por conocidos especialistas vicencianistas y enviados por la Comisión para el 350 aniversario.

En primer lugar hemos descubierto a dos santos llenos del amor de Dios y apasionados por comunicarlo por todas partes y de todas las maneras a los pobres. Los dos aparecen ante nosotros como verdaderos <profetas de la caridad>.

En segundo lugar descubrimos que ese amor apasionado y lleno de caridad hunde sus raíces en la contemplación de Jesucristo que manifiesta el inmenso amor y misericordia de Dios precisamente en la caridad con el prójimo, con el anuncio de la Buena Nueva a los pobres. San Vicente nos abre el corazón para manifestarnos el fuego de amor que lo movía “*Miremos al Hijo de Dios: ¡Oh! ¡qué corazón caritativo! ¡qué llama de amor! . . . ¿Hay un amor semejante? ¿Quién podría amar de un forma tan supereminente? Solo Nuestro Señor, ha podido arrastrar por el amor a las criaturas hasta dejar el trono de su Padre para venir a tomar un cuerpo sujeto a las debilidades. ¿Y para qué? Para establecer entre nosotros por su ejemplo y su palabra, la caridad con el prójimo. Este amor fue el que lo crucificó y el que hizo esta obra admirable de nuestra redención. Hermanos míos, si tuviéramos un poco de ese amor, ¿nos quedaríamos con los brazos cruzados? ¿Dejaríamos morir a todos esos que podríamos asistir? No, la caridad no puede permanecer ociosa, sino que nos mueve a la salvación y al consuelo de los demás*” (E.S. XI/4, 555; Coste, XII, 264s.)

Santa Luisa, a su vez, invita a las Hermanas a tener un “amor fuerte”, que una el amor a Dios y el servicio de los pobres, de tal suerte que los dos amores fueran casi como una sola cosa: “*Sea, pues, muy animosa en la desconfianza que debe tener de usted misma. Lo mismo digo a todas nuestras queridas hermanas; deseo que todas estén llenas de un amor fuerte que las ocupe tan suavemente en Dios y tan caritativamente en el servicio de los pobres, que su corazón no pueda ya admitir pensamientos peligrosos para su perseverancia... Sirvan a sus amos con gran dulzura*” (Correspondencia y escritos, 82).

En consecuencia, para continuar la misión de Jesucristo será imprescindible revestirse del espíritu de mismo Jesucristo. Así lo manifiesta San Vicente en el Prólogo de las Reglas Comunes de la C.M.: “***Quienes han sido llamados a continuar la misión de Cristo, misión que consiste sobre todo en evangelizar a los pobres, deben llenarse de los sentimientos y afectos de Cristo mismo; más aún, deben llenarse de su mismo espíritu y seguir fielmente sus huellas***”.

Por su parte, Santa Luisa da forma muy concreta a este espíritu de Cristo en el trato con los pobres: “*Sed muy afables y dulces con vuestros pobres; sabéis que son nuestros maestros y que es necesario amarles con ternura y respetarlos grandemente. No es suficiente que estas máximas estén en nuestro espíritu, es preciso que nosotros lo testimoniemos con nuestros cuidados caritativos y dulces.*” (Escritos 319)

Cristo es el centro de la espiritualidad y también de su estrategia misionera. En primer lugar, nosotros somos sus continuadores y Él es el agente principal y el Misionero del Padre. Él es su Enviado. Ocho veces a lo largo de los pocos textos que nos quedan de él, Vicente utiliza este pasaje tomado del capítulo IV de Lucas, versículo 8: “*Él me ha enviado a evangelizar a los*

*pobres*”. Está impresionado por este Jesús Salvador. Se siente investido de la misma misión. Se ve también como liberador: “*Estamos en esta vocación muy asemejados a Nuestro – Señor Jesucristo, que, según parece, al venir a este mundo había asumido como principal tarea asistir a los pobres y cuidarles.*” “*Él me ha enviado a evangelizar a los pobres*”. Y si se le pregunta a Nuestro Señor: “*¿Qué has venido a hacer en la tierra?*” – “*Asistir a los pobres.*” – “*¿Alguna otra cosa?*” – “*Asistir a los pobres*” (XI, 108).

El Cristo Misionero de san Vicente es inseparable del Cristo Servidor. Más allá de una contemplación del Misterio de Cristo, de una transmisión de su mensaje, se sabe que el señor Vicente veía a Cristo en el pobre y al pobre en Cristo. Vivimos la llamada incesante y vertiginosa de Mateo 25, 40: “*En verdad os digo que cuanto hicisteis a uno de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicisteis*”. Todos los vicencianos estamos llamados a seguirle por la vía del servicio.

A su vez Santa Luisa, que tiene una buena formación teológica, reconoce que “*la Encarnación del Hijo de Dios es, según su designio desde toda la eternidad, para la redención del género humano*” (Escritos 818). La Pasión del Hijo de Dios es un acto de amor tan profundo que Luisa va a inscribirlo en el sello de la Compañía de las Hijas de la Caridad “*La caridad de Jesús Crucificado nos apremia*”. Para Luisa, este amor debe animar e inflamar el corazón de toda Hija de la Caridad para los servicios de todos los necesitados.

En definitiva, experimentamos que todos los miembros de la Familia Vicenciana estamos, debemos estar enraizados en el mismo carisma, que se nutre de la contemplación del misterio de Cristo que manifiesta el inmenso amor y misericordia de Dios en la evangelización de los pobres y en la identificación con ellos. Todos estamos llamados a participar de ese mismo espíritu de Cristo, a fin de continuar su misma misión. Somos pues una misma Familia.

Por otra parte, el reto que nos lanza el mundo globalizado en que vivimos está claramente definido por dos realidades: La espiritualidad de la comunión y la centralidad de la misión. Ya Jesucristo en la oración de la última Cena pedía la unidad de los cristianos para que el mundo crea. Pero, además, nuestras respectivas comunidades se necesitan y se complementan en la evangelización y servicio de los pobres. Todas las ramas de la Familia Vicenciana, cada una desde su identidad propia, contribuyen armónicamente a manifestar el amor de Dios en Cristo y a servirle en los pobres. Participar del mismo carisma requiere estrechar la comunión en la oración, en el conocimiento y la relación fraternal, en el compromiso evangélico de evangelización de los pobres con proyectos concretos.

Curiosamente, la mirada a los Fundadores nos manifiesta que ellos vivieron el servicio y la evangelización de los pobres de forma solidaria e integral, comprometiendo a toda clase de agentes.

Tanto San Vicente como Santa Luisa entendieron siempre su vocación y misión como una participación en la Misión de la Iglesia. Por eso, desde el comienzo buscan colaboradores, cuentan con ellos y los implican

conjuntamente en la evangelización y servicio de los pobres. San Vicente movido por el amor de Jesucristo reúne a un grupo de sacerdotes que participan del mismo espíritu, para implicarlos en la evangelización de los pobres. De la misma manera, ejerciendo el ministerio sacerdotal, convoca a sus parroquianos para atender a los pobres enfermos y crea así la primera Cofradía de la Caridad. Durante toda su vida no cesará de implicar en la misión y la caridad a todos cuantos salen a su encuentro. Los pobres son los verdaderos protagonistas y deben ser tratados con respeto y amor, ya que representan a Jesucristo.

Por su parte, Santa Luisa, colaboradora fiel e inspiradora también de la obra de San Vicente, dedicará gran parte de sus esfuerzos a animar y coordinar a las diversas personas y organizaciones comprometidas en el servicio de los pobres. No sólo visita las Cofradías de la Caridad, sino que revisa los servicios, anima, alienta y hace realidad la misión compartida en el reparto de comida y ropa a los pobres, en la catequesis y en las escuelas. Su dedicación será plena en la acogida y la formación de jóvenes en una espiritualidad de adhesión firme a Jesucristo y de comunión. Así nacerá la Compañía de las Hijas, obra maestra para llevar adelante la misión compartida en el servicio de los pobres, iniciada antes en las Cofradías y las Damas de la Caridad.

Así lo había soñado también el Beato Federico Ozanam, considerado un intérprete fiel de San Vicente: *“Me gustaría abrazar el mundo entero en una red de caridad”*.

Se puede decir que los esfuerzos llevados a cabo en la actualidad por la Familia Vicenciana, a fin de profundizar en la misión compartida, responde a la herencia de los Fundadores.

Es la llamada que nos dirigía el Papa Juan Pablo II, el 22 de agosto de 1997, en la Catedral de Notre Dame de París, a toda la Familia Vicenciana reunida precisamente para la Beatificación de Federico Ozanam: ***“Queridos discípulos de San Vicente de Paúl, ¡os encarezco a poner en común vuestras fuerzas, para que, como deseaba aquel que os inspira, los pobres sean siempre más amados y mejor servidos!”***.

## V. NUESTRA REFLEXIÓN



Asumimos el reto que nos acaba de hacer el P. General en el Congreso Nacional de la Familia Vicenciana celebrado en Madrid. El P. General, que estuvo presente durante toda la celebración, en su clausura nos invitó a proseguir el camino en cuatro desafíos: *Oración, también en y desde los pobres; conocimiento y relación; misión compartida; actuar desde el cambio sistémico.*

El cambio sistémico nos puede ofrecer un cauce apropiado para actuar hoy como verdaderos vicencianos. Precisamente en este encuentro de oración – reflexión – celebración sobre la herencia de los Fundadores, lo haremos desde la

perspectiva del cambio sistémico, que parte de estrategias convergentes. Son estrategias:

- orientadas en la misión (motivación y dirección: la pobreza y sus causas tienen su origen en la injusticia);
- estrategias orientadas en las personas de los pobres (ellos son los protagonistas);
- estrategias orientadas en la tarea (organización);
- estrategias orientadas hacia la participación y la solidaridad (corresponsabilidad).

Estrategias vivificadas y movidas por el fuego del amor de Jesucristo que haga de nosotros, como seguidores de San Vicente y Santa Luisa, <**profetas de caridad**>.

P. José M<sup>a</sup> López Maside C.M.